



CAJA DE ZAPATOS

¿Historias reales o puros cuentos?

Emma de Lourdes González
del Castillo B.

CAJA DE ZAPATOS

¿Historias reales o puros cuentos?



Primera edición: septiembre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Emma de Lourdes González del Castillo B.

ISBN: 978-84-18828-80-5

ISBN digital: 978-84-18828-81-2

Depósito legal: M-24577-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Manuel González del Castillo Castelazo, mi papá, quien
siempre deseó escribir un libro sobre nuestra ciudad, pero
fue invitado a vivir al cielo muy pronto.*

*Para mi esposo Rodolfo Cabrera Preciado y mis hijos Andrés y
Luz Daniela, cómplices y equipo en todos mis proyectos.*

Para Lula, mi mamá, de quien aprendí el amor al arte.

Para mis hermanos Víctor, Enrique y Lorena y sus familias.

Para todos los amigos y familiares que apoyan mis locuras.

PRÓLOGO

Más barato por docena. Historias zapateras.

*Nombra héroes
enemigos
amantes y tragos
dolores
Desbilvana el saco de la culpa
escupe de fuego y maldice
No te calles
repite la canción con que bendices la vida
ésa será tu carta de suicida
una biografía.*

Fragmento del poema *Cuenta tu ciega amistad con las
sombras...*

JUAN MANUEL RAMÍREZ PALOMARES

Uno escribe para contarse ciertas cosas. Para hablarse en silencio.

Para decirse más de lo que puede murmurarse al amanecer, frente a una solitaria taza de café o al despedirse de un día complicado.

Uno escribe para no olvidar lo que considera valioso, digno de compartir.

En afortunadas ocasiones, uno también escribe para contarles a los otros situaciones que conoce de primera mano, asuntos ocurridos cerca, en nuestro entorno más próximo, en nuestras calles y lugares más conocidos.

Así, uno continúa escribiendo para compartir los hallazgos, las vidas o fragmentos de ellas, alguna escena memorable, ciertos sucesos increíbles, trágicos, alegres, humanos.

Escribimos para nosotros y para compartir algo de lo nuestro.

Para hacer expansiva aquella emoción ahora convertida, finalmente, en un nuevo texto.

En León, Guanajuato, México, ciudad ubicada en el denominado Bajío mexicano, producir zapatos y todo lo que tenga relación con esta poderosa industria, es un asunto cotidiano, es parte de nuestra identidad, también es orgullo.

En cada familia, sin exagerar, existe alguien relacionado con la fabricación, distribución y venta de calzado, en todos los niveles y de todos los empleos posibles.

León es, en más de un sentido, como lo pinta su industria más arraigada.

En este contexto la autora de la presente colección de relatos, Emma de Lourdes González del Castillo Briones, Luly (para quienes la conocemos y la apreciamos) nos invita a presenciar una serie de escenas ocurridas en las fábricas, ficción para los fines literarios, tramas realistas con un buen toque de humor, casi siempre involuntario,

a cargo de los personajes que a simple vista parecen comunes aunque no lo sean tanto.

Seres humanos que se buscan la vida y en cuyos caminos encuentran de todo, casi siempre con muy mala fortuna precedida de cierta ingenuidad, misma que nos permite verlos con ojos menos severos. Compasivos.

Escasos de luces, tanto para crear mayores maldades como para evitar sus desdichas, los protagonistas y sus acompañantes transcurren sus destinos casi siempre predestinados.

Son personajes adheridos a un mini universo «la fábrica de zapato» al cual suelen llegar en edades muy tempranas y en el cual, transcurre buena parte de sus vidas. Sean los dueños o los empleados, su mundo es el zapato.

En un entorno de pieles, nuevos modelos, solventes, chismes, cortes, herencias, adorno, amoríos, ferias y trabajo, mucho trabajo, rezan el Ángelus cada día (pase lo que pase), soportan e incluso quieren a los hijos de los patrones, aspiran a un ascenso con y sin estudios, tienen y sostienen sus propias aventuras; pequeñas y graciosas odiseas en fábrica, en calle o en banqueta.

La vida, otros estilos de vida, en un escenario local.

La vida desbordando su caja.

La vida de las fábricas de zapato, en las fábricas de zapato, esa gran caja que ahora abrimos para que nos cuente algo más de una ciudad orgullosa de sus productos.

León es como lo pintan. León es también como ahora lo narran.

Bueno, eso parece.

Y en algunas ocasiones, a la luz de los siguientes relatos, es incluso un poquito mejor. O peor, según quiera verse...

Pasen ustedes y comprueben.

Esta *Caja de Zapatos* se abre ahora para recibirlos.

RAÚL REYES RAMOS
Verano 2020
León, Guanajuato, México.

EL FUNERAL DE ALMA ROSA

MARES

Mención honorífica en el Premio Nacional de Cuento
Beatriz Espejo

¡Fue algo inaudito!, ¡nunca había pasado!, por lo menos no en la calle Héroe. Algunos de los vecinos habían vivido allí desde que nacieron y según decían, en más de setenta años no recordaban algo semejante: jamás se había visto que le dieran el último adiós a alguien en otro lugar que no fuera su propia casa. El velorio fue en un local cercano al Arco de la Calzada, en una funeraria que estaba frente al colegio Tepeyac, y eso de tener que subir-se a un taxi o al camión si querían despedirse o acompañar a los deudos les parecía más que insólito, no era algo decente, como dijeron las vecinas: no era de Dios.

Tan fácil que hubiera sido hacer todo como siempre: llevar las ollas del café y la canela para recalentarlas junto con los tamales y los guisos; caminar todos juntos detrás del coche fúnebre hasta el templo de la colonia, escuchar la misa de cuerpo presente a las cuatro de la tarde,

regresar y ofrecer comida a los familiares y amigos, rezar algunos rosarios y escuchar a la banda o al mariachi. Pero no, en este caso todo era diferente, tan diferente como la vida de Alma Rosa Mares, a quién todos extrañarían bastante.

Alma Rosa vivió con toda la plenitud, la energía y la intensidad de las personas felices. Su vida estuvo siempre llena, llena de amores, de sorpresas, de comida y de pequeños triunfos que atesoró en los rincones de su corazón y de su casa. Tuvo tres hijos, dos maridos, prácticamente tres empleos y se hubiera podido decir que tres religiones. Todo lo que entraba a su vida llegaba para quedarse: los amores, las amistades, los afectos, los antojos y las costumbres.

Desde el momento en que conoció la música de Juan Gabriel y los cacahuates garapiñados, los mantuvo con ella para siempre. Sus compañeros sabían que traía las bolsas del uniforme llenas de cacahuates, algunos los sacaba de unas ruidosas bolsitas de celofán y otros se atoraban entre los hilos de la casaca, pero ninguno se salvaba de ser comido ese día.

Los vecinos más viejos de la cuadra la conocieron desde que nació, la recordaban como una chiquilla grandota y sanota, con la piel blanca y con unos *cachetotes* que con el calor se humedecían y se ponían colorados. Justo debajo de sus redondos y oscuros ojos, se le formaban unos hoyitos muy coquetos, que se notaban claramente cuando sonreía y cuando masticaba, es decir, todo el tiempo. Como todos los niños de la Héroes, pasó la ma-

yor parte de su infancia en la calle gritando, jugando al *bebeleche* y a brincar la cuerda, con la tranquilidad de que su papá le echaba el ojo desde la frutería. Cuando creció, al igual que la mayoría de sus vecinos se fue a trabajar a la Trento, una fábrica de calzado infantil que quedaba a ocho cuadras de su casa, donde duró más de veinticuatro años y de donde nunca pensó que saldría, allí había conocido a su Joel y su trabajo la hacía muy feliz. En la fábrica la conocían como Rosy, pero desde niña para su familia y sus amigos fue siempre: Rosita, excepto para su abuelito Chema que siempre le dijo: «Alma corazón de bombón» o para su papá que siempre la llamó Alma Rosa.

—Eso de Rosy me suena bastante ridículo. Su nombre es Alma Rosa y bastante trabajo me costó ponérselo como para que nadie le diga de esa forma. Se llama Alma como mi difunta esposa y Rosa porque estuvo encomendada a Santa Rosa de Lima y aunque insista en alejarse de Nuestro Señor por estar casada con un *aleluyo* o juntándose con esa gente rara del nuevo templo. Ella nació católica y en su fe de bautismo dice: Alma Rosa. ¡Lo demás son chingaderas! Me dejó solo con todo el puesto y se fue «pa» que le cambiaran hasta el nombre —decía don Alfredo mientras acomodaba las peras y los jitomates en la frutería.

Rosy tenía una enorme colección de objetos de su más grande ídolo: Juan Gabriel. Todos los años, costara lo que costara, iba a verlo al palenque de la feria peinada de salón y con vestido nuevo. Los recortes de periódicos, posters, los primeros discos, los casetes y los CD más

recientes de *Juanga*, ocupaban un lugar bastante importante en su vida y en su casa. Además, guardaba decenas de servilleteros adornados con encaje y moñitos, angelitos, zapatitos de plástico azul o rosa, flores de plástico, alhajeros, abanicos y demás recuercitos que daban en las bodas y bautizos, en vitrinitas de vidrio llenas de chucherías que carecían de valor, limpieza y buen gusto; incluso conservaba los frascos de los perfumitos baratos que se le iban acabando, sentía que si le habían dado tanta alegría era una terrible crueldad deshacerse de ellos.

Para Rosy era fácil conservar las cosas y los afectos, pero lo que no conservó muy bien fue su vida, se la terminó temprano: tanta grasa y tanta azúcar, acabaron de repente con ella. Para todos fue un golpe muy duro, era difícil creer que un día antes la habían visto muy campante en el puesto de Lupe cenando atole y buñuelos, incluso al terminar de cenar había ido a casa de Tere para pasarle el pedido, y a la mañana siguiente la habían encontrado muerta.

—Así es la vida, hoy estamos y mañana uno no sabe. Pero, no me puedo sacar de la cabeza que eso de amanecer tiesa tuvo su razón de ser, a Dios no le gustó nada la idea de que mi tía anduviera acompañando a Adriana a su templo, ya bastante era que se hubiera juntado con los *aleluyos*, como «pa» que ahora saliera con que se iba a volver miembro de la iglesia de las torres raras —comentaba su sobrina Chela.

—No seas sangrona Chela, somos cristianos, no *aleluyos*, ya estás como mi abuelito Alfredo. Desde que la encontramos en la mañana, el abuelo tomó todo con

mucha entereza, dijo que Santa Rosa de Lima se la había llevado antes de que desviara más su camino —decía Sandra, la única hija de Rosy mientras lloriqueaba y se sorbía los mocos.

Rosy asistió a todas las fiestas que la invitaron y bailó todo lo que sus pequeños y gordos pies le permitieron. Los pantalones de mezclilla con flores y mariposas, blusas escotadas y los zapatos abiertos en la punta y con plataforma corrida, eran parte elemental de su vestuario; también usaba varias playeras con nombres de políticos de varios partidos (ella apoyaba al que le regalaba gorra, playera o bolsa para el mandado), pero su favorita era una playera que algún día debió ser roja pero que ya estaba tan desgastada que apenas se podía distinguir el color, y que en el centro tenía serigrafiada una foto de Selena de cuerpo completo, cada que la usaba los chamacos de su cuadra se burlaban a sus espaldas porque decían: —Rosy es tan gorda, que hace que Selena se vea panzona y cachetona— y los chiquillos atrevidos le preguntaban: —¿dónde compraste esa playera tan chida, en tercera dimensión?—, pero ella solo los oía y se carcajeaba. También usaba con mucho orgullo sus playeras de la fiera; como toda su familia, era gran aficionada al equipo León e invertía gran parte de su salario semanal en boletos para asistir al estadio.

—Soy esmeralda de corazón y mis hijos nunca van a apoyar a otro equipo —y cuando sus hijos estaban chiquitos, los vestía con playeritas del equipo que compraba en la placita de los domingos.

Al momento de arreglarla, su hija y sus vecinas decidieron que lo más adecuado era velarla con el vestido blanco floreado que se había llevado el último año al palenque, pensaban que fuera de la religión que fuera, no era de Dios eso de sepultar a alguien usando leggins o pantalones de mezclilla y el vestido además se le veía muy bonito. Don Alfredo insistió en que le pusieran una corona de flores como a Santa Rosa de Lima.

La noticia de que Rosy había muerto corrió rapidísimo y como los domingos nadie trabajaba, desde las diez de la mañana empezaron a llegar los amigos y parientes a la funeraria. Para los Domínguez, la familia de su primer esposo resultaba también muy extraño eso de tener que velar a alguien fuera de su casa, pero pesaba más el cariño y decidieron ir desde temprano pensando que lo más prudente sería llevar varias bolsas con tortas de jamón y carnitas en lugar de las cazuelas con guisado. También prefirieron llevar cocas de dos litros y vasos desechables, además de una hielera llena de latas de cerveza, sin embargo, al entrar se sintieron apenados y confundidos porque no sabían dónde dejar la comida ni encontraban un lugar apropiado para mandar a jugar a los chiquillos, quienes de inmediato se acomodaron con la panza en el suelo y empezaron a jugar con sus canicas.

Rosy entró a la familia Domínguez con apenas diecisiete años. Se había casado muy carrereada con Raúl, el menor de los hombres, ya que Saúl, su primer hijo, ya venía en camino. Cuando se dio cuenta de su metida de pata, creyó que su papá iba a matarla, sin embargo, para

don Alfredo fue más grande la alegría de pensar que podría llevar un nieto al estadio, que la vergüenza de casar a una hija «que había fracasado», como decían las señoras de la cuadra. Aunque don Alfredo los obligó a casarse por el civil, duraron poco tiempo juntos. Los primeros dos años la fueron pasando con lo poquito que el ganaba y al tercer año de casados Raúl decidió emigrar a Chicago para buscar suerte como algunos de sus hermanos.

Al principio decía que no mandaba mucho porque apenas se estaba adaptando y luego se acopló tan bien que hasta encontró una nueva mujer y formó una nueva familia. Pero para sorpresa de todos, Rosy no se sintió desilusionada, como siempre lo hizo en su vida decidió conservar lo bueno y siguió siendo amiga de Raúl, con quien solamente volvió a tener contacto telefónico porque él nunca regresó a León; aunque se casó y tuvo varios hijos en Estados Unidos, jamás logró obtener su residencia legal y decía que sin papeles le daba mucho miedo no librarla la siguiente vez que cruzara la frontera. Rosy decidió conservar el cariño y la amistad de sus cuñados y sus suegros, quienes siempre la presumían en las reuniones: para don Anselmo era su nuera más guapa y para doña Margarita era la más acomodada y la que le había dado el nieto más bonito y cariñoso.

Varios años después, cuando Rosy buscaba en los rincones de su memoria, le era imposible identificar algún momento o situación en que su amor por Raúl diera señales de vida. Con el tiempo se convenció de que esa relación se había basado únicamente en el deseo de cono-

cer el significado de estar con otra persona. El recuerdo de los paseos en el centro y las escapadas en la casa de la abuelita de Raúl donde jugaban a explorarse y a intentar quererse, dejaban en su mente la misma sensación agradable y pacífica que dejan las alegrías de la primera infancia, llegó a estar segura de que realmente nunca hubo amor, pero se habían divertido bastante.

En un abrir y cerrar de ojos el niño cumplió cuatro años, Rosy ya había dejado de ayudarle a su papá en la frutería y había entrado a trabajar a la fábrica, Saulito iba a entrar al kínder y ella necesitaba ganar más dinero. Cuando entró a trabajar en Calzado Trento había menos de cien empleados, la piel se cortaba todavía con cuchilla y los cortadores parecían artesanos. La dejaban asombrada con la enorme habilidad que tenían para sacar las piezas. Un día mientras observaba cómo trabajaba Camilo, uno de los empleados más viejos, él le explicó que antes de que llegaran las máquinas con suajes y troqueles, una misma persona se encargaba de cortar, respuntar y montar las piezas que formaban el zapato.

—Uno se tenía que encargar de cortar desde el forro y la piel, respuntábamos y armábamos cada pieza para luego ponerla sobre la horma. Era bastante trabajo, además había que arreglárselas con los cascotes y los contrafuertes, pero daba bien hartito gusto cuando el zapato quedaba terminado.

Rosy entró a la fábrica como preliminar ganando un sueldo bastante pobre, pero su curiosidad y sus ganas de aprender la llevaron a recorrer varias de las áreas de producción de la empresa. Un tiempo trabajó en avíos es-

pecialmente en el área de suelas. Luego estuvo dos años como asistente de almacén y allí se familiarizó con todos los materiales, aprendió a reconocer la calidad, la textura y los diferentes colores de las pieles, era toda una experta en hilos y herrajes y procuraba tener organizadas hasta las ligas y las bolsas de plástico en las que se repartían las tareas. Su trabajo era muy eficiente, sin embargo, en más de alguna ocasión se metió en problemas con Pascual, el encargado del almacén, porque cuando él se descuidaba, Rosy enrollaba las pieles mientras comía tacos sudados o tortas de chorizo, por lo que las manchas y el olor se quedaban en los materiales; además era bastante platicona y entretenía con sus chistes y comentarios a los compañeros que iban a recoger los materiales.

Pascual se estaba quedando cada día más calvo por lo mucho que lo desesperaba, así que prefería mandarla a armar cajas y hacer todo el trabajo solo. Y fue precisamente llevando las cajas armadas como se acercó finalmente a Joel Sánchez y al departamento de adorno, donde tres años después obtuvo el cargo de supervisora. En ese entonces Rosy cumplió veinticinco años y su vida dio un giro un poco inesperado, pues, aunque ya llevaba tiempo saliendo con Joel, la sorpresa de estar nuevamente embarazada le cayó como balde de agua fría. Su vida se encontraba muy cómoda, estaba viviendo con su papá y aparte de cuidar a Saulito, no quería echarse más responsabilidades, pero, sobre todo, no quería volver a molestar a don Alfredo con la noticia de que por segunda vez había salido con su domingo siete.

A su papá no le quedó más remedio que aceptar los hechos y decidió perdonarla, le exigió nuevamente que se casara y le pidió que no se llevara a Saulito porque él sentía que se podía morir si le quitaban a su nieto, sin embargo, no hubo necesidad de iniciar ningún drama ya que Joel era bastante poquitero para la chamba y como ganaba menos que Rosy, decidió que lo mejor era que ella no se saliera de su casa, todos vivirían juntos, no tendría que dejar solo a su papá y podrían convivir con Saulito. Al principio las cosas se acomodaron fácilmente. Entre el relajo de la boda y el nacimiento de Darío, la vida fue siguiendo su curso y el cambio más radical se notaba únicamente en el cuerpo de Alma Rosa, quien estaba cada día más feliz y más gorda. Al parecer le importaba poco que Joel fuera tan flojo y que se estuviera volviendo cada día más apegado a la Iglesia Cristiana, a la que lo habían convencido de pertenecer. Él la dejaba ser libre, salir los viernes con sus amigas y asistir a todos los bailes y palenques que se le antojaba, así que vivían felices y sin hacer problemas por nada.

Desde que tenían memoria, los hijos de Rosy sabían que los jueves por la noche no contaban con su mamá pues tenía que asistir a las juntas de AA (Alcohólicos Anónimos). Era la más puntual y la más entusiasta del grupo, sin embargo, nadie de su familia o de sus amistades recordaba algún momento en que la hubieran visto ebria o cuando menos alegre con unas copitas, por lo que concluyeron que ella no era alcohólica por haber tomado, sino que el asistir a las juntas le generaba tanto placer que

se convenció a sí misma de ser una alcohólica incurable. Sentía un gran placer al llegar al local y acomodar una mesita donde gracias a su iniciativa, todos colocaban botanitas para compartir; ella por lo general cooperaba con una bolsota de frituras de queso picantes en forma de bolita que cada semana se quedaban en la mesa.

Al cumplir siete años de casada, la vida le regaló otra gran sorpresa. Acababa de convencerse de cambiar de religión cuando se dio cuenta de que por tercera vez estaba embarazada y lo tomó como una señal del cielo. Decidió llamar a la niña Sandra y se volvió un miembro bastante comprometido de la Iglesia Cristiana Pentecostés, sin embargo, nunca dejó de asistir a los bautizos, primeras comuniones, bodas y demás festejos a los que la invitaban sus amigos de toda la vida. Participaba en las misas como la más ferviente católica y entonaba con mucha energía las canciones que había aprendido desde niña, algunas de las cuales se cantaron en la misa de cuerpo presente que se ofició a las tres de la tarde en la capilla del colegio Tepeyac, donde las monjitas amablemente prepararon todo al ver la desesperación de don Alfredo. Aprovecharon que el padre no había podido llegar a darles su misa de ocho de la mañana y le llamaron para pedirle de favor que la cambiara para la hora de la comida y así todo quedó arreglado. Ellas mismas se ofrecieron para acomodar la caja y las flores y luego se pararon junto a un teclado eléctrico para formar el coro.

Desde que empezó la misa, Gloria y Sabina Padilla, las solteronas de la calle Héroes que en todas las misas y

ceremonias cantaban bastante feo, pero con mucha devoción, se pararon junto a las monjitas y cantaron con mucho fervor. El contraste entre los blancos hábitos y los viejos vestidos negros de las Padilla no era tan grande como la diferencia de las voces, pero pocos se dieron cuenta, ya que junto a más de treinta afinadas religiosas apenas y se podía notar que las señoritas cantaban bastante desafinado. Ellas estaban fascinadas y fue tal su emoción, que consideraron prudente acompañar el canto de la comunión aplaudiendo y balanceándose de derecha a izquierda siguiendo el ritmo:

Hay, ángeles volando en este lugar, en medio del pueblo y junto al altar, subiendo y bajando en todas las direcciones...

La mayoría de las personas que asistieron a la misa y llenaron la pequeña capilla eran sus vecinos y sus excompañeros de la fábrica. La recordaban como una mujer llena de energía y con una inagotable y contagiosa alegría que disfrutaba lo mismo de los bailes que de quedarse a trabajar horas extras.

Rosy trabajó en la fábrica por más de veinticinco años. Cada día llegaba al trabajo antes de las 8:00 a.m. que era cuando sonaba el timbre de entrada. Desde temprano ya estaba masticando cacahuates, haciendo bromas hasta con los hijos de los dueños y ambientando el lugar con unas carcajadas bastante contagiosas que hacían que su pecho y su enorme panza brincaran de arriba hacia abajo.

—¿Entonces qué, Rosy, vas a ir a ver perder a tu fiera contra el América? —le preguntaba Juan José, el hijo mayor de don Evaristo García el dueño de la fábrica.

—*Saaabe*, a mí me gusta el fútbol para ver jugar a los hombres y el América tiene puro puñal.

—Órale, Rosy, yo pensé que sabías de fut, ya hasta te iba a invitar al palco.

—Prometes Juanjo, prometes. Llevo muchos años trabajando aquí y nomás me dices.

Todos los empleados se dirigían a don Evaristo y a sus hijos con respeto y en algunos casos hasta con miedo, para todos eran: el Licenciado Roberto y el Ingeniero Juan José, pero Rosy llevaba tantos años en la fábrica y los había conocido cuando eran tan chiquillos que cuando hablaba con ellos eran simplemente: Beto y Juanjo y sabía que ellos se hubieran sentido ofendidos si les hablaba de otra manera.

Además de estar siempre de buen humor, Rosy se distinguía en la fábrica por ser bastante entrona para el trabajo y por tener la camiseta bien puesta. Era común verla caminando de un lado a otro repartiendo las tareas, acercando material del almacén, armando cajas, embalando pedidos y aconsejando a las preliminares sobre cómo poner agujetas. Le agradaba poder detallar los zapatitos, sentía un enorme placer al retocarlos y limpiarlos dándoles un aspecto agradable. Gozaba al pensar que cuando un cliente abriera la cajita decorada con una niñita italiana y el letrerito de calzado Trento, el hermoso olor del cuero y el brillo de unos zapatitos bien terminados les proporcionarían la misma alegría que sentía ella al momento de dejar cada par listo.

Cuando Rosy murió, habían pasado ya más de cinco años desde que había dejado de trabajar en Calzado

Trento para dedicarse a organizar tandas y a la venta por catálogo, sin embargo, para la mayoría de los empleados seguía formando parte de la fábrica. Diario la veían a la hora de la comida o a la salida levantando pedidos o cobrando tandas, por lo cual, la noticia de que había fallecido causó bastante conmoción al ser tan repentina y la mayoría de los trabajadores asistieron a misa con sus casacas puestas en señal de compañerismo.

Al terminar la misa, tristes, acalorados, pero sobre todo hambrientos, volvieron a la funeraria, la cual para su sorpresa estaba llenísima de gente. La familia de Joel y un enorme grupo de amigos cristianos esperaban el cuerpo mientras conversaban en voz baja. Al parecer todos ellos se habían puesto sus mejores ropas y se habían peinado y perfumado con mucho esmero. Varias personas estaban ocupadas en improvisar un pequeño púlpito con un micrófono conectado a una grabadora, desde allí escucharían el sermón que daría el pastor y luego entoñarían algunas alabanzas acompañados por las guitarras y el órgano que ya estaban conectando a unas pequeñas bocinas. Sabían que lo más importante en esos momentos era orar por la familia y sobre todo por Joel y sus hijos quienes estaban sufriendo una gran pérdida y sobre todo cantar alabanzas a Dios de gratitud por haberle dado a Rosy una vida tan hermosa.

El me levantará, así es el Señor...

Mientras los cristianos participaban de su propio rito, los familiares y amigos católicos se apretujaban en una pequeña cocineta de la funeraria donde ya habían em-

pezado a repartir las tortas y preparar las guacamayas, el platillo más tradicional de la ciudad que consiste en un bolillo relleno de chicharrón crujiente acompañado de salsa pico de gallo. De mano en mano pasaban los platos desechables que chorreaban salsa y vasos con coca al tiempo, que no sabía nada bien, pero que preferían antes que acompañar la comida con agua simple.

Entre los niños inquietos y los adultos con hambre se estaba armando bastante relajo y aun cuando los cristianos cantaban a todo pulmón, el alboroto de los que comían interrumpía el ritual y molestaba a los que estaban en la sala. Los más prudentes se salieron con sus chamacos a comer a la banquetta y en poco rato el ambiente en la calle parecía una fiesta.

Miguel Hernández, quien desde hacía quince años era jefe de planta en Calzado Trento, platicaba con nostalgia que cuando Rosy estaba más joven y la veía trabajar con tanta energía, pensaba que era bastante el ejercicio que hacía y que no era lógico que estuviera tan gordita, sin embargo, un día la vio almorzar y logró entender perfectamente la razón de su gordura. En tan solo veinte minutos que duraba el receso para desayunar, Rosy se había comido una torta de chilaquiles con frijoles, tres tacos sudados de costilla con pepino y zanahoria en vinagre, una dona de chocolate y una coca bien fría. Fue tal su impresión que ese mismo día decidió acercarse a ella a la hora de la comida y con cualquier pretexto la acompañó en la banquetta donde comía con otras empleadas. Entre todas lo invitaron a comer y le sirvieron taquitos de chicharrón,

pero él no podía perder de vista a Rosy. Quedó pasmado al verla comer un molde entero de coditos con crema, dos albóndigas y una docena de tortillas en las que ponía un poco de frijoles de los que habían llevado sus amigas y una buena cantidad de nopales con cilantro, cebolla y chile de árbol, que vaciaba directamente de la bolsita en la que se los habían vendido en la tortillería; cuando iban caminando de regreso a la planta la vio terminarse un refresco de naranja y comer dos mazapanes de postre. Quienes escucharon a Miguel le dieron la razón y hasta se rieron de lo que contaba, a Lola su excompañera de la banda de adorno se le salieron las lágrimas y se quedó agachada simplemente recordando, mientras otras compañeras con caras muy tristes mordían sus tortas y tomaban las cervezas escondidas en bolsas de papel.

Unos salían a tomar aire después de haber cantado las alabanzas y otros entraban a la capilla para iniciar un rosario cuando llegaron un grupo de más de cuarenta personas. Las mujeres, incluidas algunas niñas muy pequeñas llevaban velo, vestían faldas largas y las mangas de los sacos les cubrían hasta las manos, ninguna estaba maquillada y los hombres que las acompañaban vestían trajes negros que lucían bastante brillosos de tantas planchadas. Todos ellos tenían cara de apenados excepto Samuel, quien con ínfulas de líder le ordenó a Adriana, la amiga de Rosy que la andaba invitando al templo que buscara a los familiares más cercanos, pues era urgente hablar con ellos. Fue difícil localizar a Joel y a don Alfredo entre el gentío amontonado en la sala, pero cuando los tuvo en-

frente, Samuel los abrazó tan efusivamente como si pertenecieran a su familia. Luego del extraño saludo les dijo que estaba allí para asegurarse de que Alma Rosa pudiera entrar al cielo, les entregó un papel que supuestamente ella había firmado con Adriana como testigo y les explicó que al firmar se comprometía a pagar seis mil pesos para asegurar un lugar en el paraíso.

Samuel les enseñó además una hoja con varios paquetes en los que se incluían violines celestiales o la presencia de un ángel para recibirla, siempre y cuando el pago fuera más alto y se depositara antes de veinticuatro horas. Joel no daba crédito a lo que oía y en medio de su aturdimiento solo escuchaba la molesta voz de don Alfredo, quien dejó muy clara su intención de que las cenizas de su hija se depositaran en la Parroquia del Espíritu Santo al lado de las de su esposa. El líder religioso insistía tanto y hablaba tanto que don Alfredo estaba a punto de aventarle la hoja a la cara cuando de pronto se distrajeron al escuchar que entraba un mariachi. Para Saúl el hijo mayor de Rosy, la mejor forma de despedir a su mamá era cantarle y acompañado de los violines y las trompetas repetía llorando:

—*Tu eres la tristeza de mis ojos que lloran en silencio por tu amor...* —al más puro estilo de Rocío Dúrcal y Juan Gabriel.

Apenas terminó de cantar Saúl, cuando Lupillo, un primo de Rosy que ya estaba bastante borracho con tanta cerveza, se acercó pidiendo a gritos que lo dejaran cantar para despedirse.

—Órale, arránquense con otra de Juanga, que «pa» mi Rosita solo esas existían. «*Si nosotros nos hubiéramos casado*» —cantaba Lupillo a capela y bailaba esperando a que lo siguiera el mariachi—. Ella me enseñó lo que era una mujer, nomás me acuerdo de esas piernas, no le vayan a decir a nadie, pero ella se levantaba el uniforme de chamaca y yo veía.

Sanjuana, la esposa de Lupillo salió de entre la gente hecha una fiera y lo sacó de la sala a golpes y empujones. Samuel le exigía a Saúl que antes de pagarle al mariachi le liquidara la cuenta de su servicio pues él consideraba que en esos momentos su madre habría entrado ya al cielo, además le aclaró que las personas que lo acompañaban estaban ya iniciando el rito de despedida y ese se cobraba aparte.

Darío quería despedirse con una canción como lo había hecho su hermano y con dos de sus amigos del grupo Juventud Cristiana intentaba conectar nuevamente los instrumentos, peleando por el micrófono con un ayudante de Samuel, quien amenazaba con irse sin rezar mientras sus seguidores ponían cara de indignados. En medio del caos una señora estuvo a punto de tirar el ataúd al levantar a su niño que jugaba cerca de los cables que pasaban por debajo de la caja.

Chela aprovechó para acomodarle la corona a su tía y cubrió la caja con una bandera del equipo León. Las Padilla rezaban cada vez más fuerte el rosario con una decena de vecinas, quienes, queriendo apantallar habían decidido rezarlo de rodillas y pellizcaban a sus niños por

no quedarse quietos, mientras Samuel pedía a gritos que las personas que no fueran a participar en el rito de despedida abandonaran la sala, pero todos insistían en permanecer allí bastante amontonados.

Repentinamente una voz firme y determinada exigió a todos los asistentes que guardaran silencio. Se trataba de don Evaristo García, el dueño de calzado Trento, quien con ese don de mando que poseen quienes están acostumbrados a ser escuchados logró controlar el caos. Con palabras llenas de cariño les recordó a todos que la mujer a la que estaban despidiendo se había caracterizado por tener un corazón grande y generoso en el que cabían todos los afectos. Recordó algunas anécdotas que hicieron reír a los asistentes y los invitó a expresar su cariño con un largo aplauso que concluyó con una porra organizada por los compañeros de AA y a la cual se unieron la mayoría de los asistentes, quienes luego abandonaron ordenadamente la funeraria para dejar solos a Joel, don Alfredo y los tres hijos de Rosy, ellos decidieron que lo más sensato era ignorar a Samuel y llevar a incinerar el cuerpo de Alma Rosa. Las cenizas se quedarían en su casa hasta que llegaran a un acuerdo.

Habían pasado ya tres meses desde la muerte de su hija y don Alfredo decidió que ya era momento de arreglar las cosas. Aprovechó que no había nadie en su casa y sacó la urna de una de las vitrinas, vació las cenizas en una bolsa, relleno con tierra la urna y puso en la tapa pegamento industrial para que nadie pudiera abrirla nunca. Colocó la bolsa dentro de una caja de zapatillas y caminó

por más de cuarenta minutos hasta llegar a la Parroquia del Espíritu Santo. Como don Alfredo le había marcado antes de salir de su casa, el padre Vicente ya tenía todo listo y luego de arrojar agua bendita y decir algunas oraciones permitió que don Alfredo colocara las cenizas de Rosy junto a las de su esposa.

Dicen que «todo buen leonés nació en una caja de zapatos», pero en el caso de Alma Rosa Mares, fue también el vehículo para llegar a su última morada.